

por guía la obediencia, que no engaña nunca, se pasara por encima de todos los lazos y peligros que el demonio siembra en nuestro camino? Dicen también:—¡Si me conocieran!— Te conocen mucho mejor que tú misma te conoces, y además, ¿qué te importa que el sacerdote deje de conocerte? Basta la voluntad que tienes de darte á conocer, pues Dios suplirá lo que le falte á su ministro. ¿No basta que te conozca lo suficiente para absolverte? Esta ciencia no le faltará nunca.— Así es como, por dejarse llevar y zarandear por las propias falsas ideas, todo se encadena para mayor desgracia. Ya no hay paz, ni reposo, ni dulzura en el servicio de Dios.

»¿Qué se debe hacer para evitar todos estos inconvenientes? Helo aquí.

»Recordad que es dulce, ó cuando menos no difícil, y mucho menos difícilísimo, el confesarse bien. Esto no necesita pruebas, porque lo experimentaréis muy pronto si os confesáis con sencillez de corazón (y sin pretensiones de talento), como esas sencillas y piadosas mujeres que no intentan *definir lo que ignoran*, sino que dicen simplemente:— Si soy y me veo culpable, me acuso..... Procuro arrepentirme de lo que me acusé, y luego me quedo en paz.— ¡Cuántas señoras de talento, y muy listas, he conocido que, sin embargo, no se confesaban tan bien como sus criadas! ¿De qué proviene esto?..... De que llevaban el talento al confesonario, y allí sólo se necesita un poco de buen sentido, sencillez, humildad y *olvido de sí mismo.*»

Al finalizar este tomo daremos algunas páginas que completarán los consejos de dirección, que aquí sólo hemos indicado de una manera general. Esas páginas serán muy útiles para las almas atribuladas con escrúpulos; útiles también para aquellas á quienes el escrúpulo es un castigo de su negligencia habitual, si les queda todavía algo de humildad para reconocerse y someter su juicio.

CAPÍTULO IV

MANERA DE SOPORTAR LA TRIBULACIÓN

Puesto que Dios es quien envía ó permite la tribulación, no hay más que una manera cristiana y aun razonable de soportarla, y es aceptarla *con sumisión*.

Dios es *dueño absoluto*, y tiene derecho á hacer lo que quiere.

Dios es *todo poderoso*; por consiguiente, lo que El quiere sucederá siempre, cualquiera que sea la resistencia y la oposición de las criaturas.

Dios es *infinitamente sabio*; lo que El quiere procede de su sabiduría y no puede tener más que resultados dignos y útiles.

Dios es *soberanamente bueno, infinitamente amoroso*; lo que El quiere es siempre efecto de su misericordia y de su amor.

He aquí por qué *la sumisión entera, completa y afectuosa* á todos los accidentes y á todos los sucesos de la vida es el acto más razonable

y más santo, y Dios, en su bondad, le ha hecho también el acto *más meritorio*.

«El habitante de la ciudad santa—dice san Agustín—lleva en el fondo del corazón un *fiat* y un *amén* continuos. Quiere todas sus penas y no quiere ninguno de los consuelos de que se ve privado. Preguntadle lo que desea, y os contestará: «*Precisamente lo que tengo.*»

I

Modelos.

El primero y el incomparable modelo de la más perfecta sumisión y obediencia, en el que deben estar siempre fijas nuestras miradas, es nuestro Señor Jesucristo en su pasión. Por una parte vemos en él las debilidades, repugnancias y temores de la voluntad humana: «*¡Si es posible, alejese de mí este cáliz!..... Mi alma siente mortal tristeza* (Mat., 26.) *¡Dios mío! ¡Dios mío!....., ¿por qué me has abandonado?* (Mat., 29.) Al tomar nuestra naturaleza, tomó también las flaquezas, las repugnancias, los disgustos, las tristezas, los temores, las angustias y desfallecimientos que nosotros experimentamos en las situaciones penosas de la vida. Pero sólo quiso manifestar su aflicción para darnos ejemplo de una perfecta sumisión á los decretos de la divina Providencia; El, que precisamente vino del cielo para hacer la voluntad de su Padre; El, que no se apartó jamás ni un ápice de esta divina voluntad; El, que desde la

cuna hasta el *Consummatum est* de la cruz, no supo hacer otra cosa que la voluntad de Dios. «*En el principio del libro está escrito de mí: que yo haga, ¡Dios mío! tu voluntad* (Hebreos, 10.) *He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la tuya. Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que me ha enviado* (Joan., 6.) *Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía.*» (Mat., 26.)

Al perder todos sus bienes, exclamó Job:

«*¡Dios me lo dió, Dios me lo quitó; sea bendito su nombre!*»

«Un solo *¡bendito sea Dios!* en la adversidad—decía san Juan de Avila— vale más que mil *acciones de gracias* en la prosperidad.»

Cuando David iba huyendo de Jerusalén, Semeí, pariente de Saúl, empezó á tirarle piedras y á proferir maldiciones contra él. Indignado por aquella conducta uno de los oficiales, llamado Abisai, se disponía á lanzarse sobre aquel hombre y cortarle la cabeza. Pero David le detuvo, diciendo: «*Déjale que me maldiga, pues no hace más que ejecutar las órdenes de la justicia divina; y ¿quién osará decir á Dios por qué lo ha hecho así? Deja que cumpla las órdenes del Señor, para que Dios se compadezca de mi aflicción.*» (II Reg., 16.)

Santa Gertrudis tenía singular devoción á la tercera petición del Padrenuestro, y cuando lo rezaba, repetía varias veces seguidas: «*¡Hágase tu voluntad! ¡Hágase tu voluntad!*» Estaba cierto día rezando de ese modo, y se le apareció el divino Salvador llevando en la mano derecha la salud, y en la izquierda la enfermedad, y

le dijo: «Elige, hija mía, lo que más te convenga.» ¿Qué elegirá Gertrudis? ¿La salud tal vez? No. ¿La enfermedad? Tampoco; pues no sabiendo con certeza lo que era mejor para ella y más agradable á su divino Maestro, prefirió repetir nuevamente: «¡Hágase tu voluntad, Señor, y no la mía!»

Estando san Francisco de Asís con una enfermedad que le hacía sufrir dolores muy agudos, un religioso muy sencillo le dijo: «Padre, pide á nuestro Señor que te trate con menos dureza, pues me parece que te aflige con demasiado rigor.» El Santo lanzó un gemido, y le contestó: «Hermano, si no supiera que tu simplicidad no advierte cuán malo es lo que dices, tus palabras me causarían horror, pues has tenido la temeridad de poner reparos á los designios de Dios para conmigo.» Después de estas palabras, y á pesar de que estaba muy débil por la violencia y la duración de su mal, el Santo se arrojó con violencia de su pobre cama, con peligro de romperse los huesos, y besando el suelo de su celda, dijo: «Os doy gracias, Señor, por todos los dolores que os habéis dignado enviarme; dadme cien veces más todavía si tal es vuestro beneplácito; los recibiré con alegría porque el cumplimiento de vuestra santa voluntad es el más dulce y el mayor de todos los consuelos.»

Santa Gertrudis resbaló al subir una colina, y cayó en una especie de precipicio donde podía haber encontrado la muerte. Al levantarse, decía á nuestro Señor: «Amabilísimo Jesús, ¡qué dicha hubiera sido para mí si esta

caída me hubiese proporcionado ocasión para ir más pronto á Vos!» Admiradas las otras, le preguntaron si no temía morir sin recibir los santos Sacramentos de la Iglesia, á lo cual les contestó: «Es verdad que deseo con todo mi corazón recibir los Sacramentos en mi último trance, pero prefiero á esto la *voluntad de Dios*, pues estoy convencida de que la mejor disposición que se puede tener para morir bien, es *someterse á lo que El quiere*. Así, pues, cualquiera que sea la muerte que le plazca enviarme, esa es la que deseo, persuadida de que será la mejor de todas para mí.»

El P. Ravignan decía en una de sus últimas enfermedades: «La disposición interior á que nuestro Señor, á mi parecer, me llama constantemente mediante la mejor de sus gracias, y la que me pide únicamente, es *el estar contento de El y regocijarme en El por todo*: por los padecimientos que me envía; por el malestar é incertidumbre en que me deja; por la mejoría que se anuncia en mi salud; por los remedios que me aplican; en una palabra, *regocijarme, estar contento de Dios*, abandonándome en sus manos filial y ciegamente.

»En cuanto á lo *pasado* y á sus desagradables recuerdos, arrojarlo todo en el abismo infinito de la indulgencia y de la misericordia de Dios; respecto á lo *presente* y lo *por venir*, no abrigar por ello ningún temor ni preocupación. La disposición más agradable al corazón de Jesús es la paz y el gozo en la fe, morir con alegría y vivir con sumisión rendida y generosa.

»¡Oh, Dios mío, y Salvador mío excesivamente bueno! Dadme y conservadme siempre este contento y esta abnegación completa, para que de ese modo permanezca en Vos. *Ego in te et tu in me!*»

«Hay una disposición interior—decía también el mismo religioso—que no tenemos habitualmente, y que, sin embargo, es muy necesaria: *echar á buena parte todo lo que viene de Dios.*

»Nuestro pobre corazón tiene en su fondo cierta amargura que *avinagra* hasta lo que viene de Dios. De ahí ese malestar, ese humor de melancolía, esos juicios severos, esas relaciones tirantes y esas dificultades de todo género.

»Y ¿en qué consiste *echar á buena parte todo lo que viene de Dios?* En la sagrada Escritura hay una expresión feliz que responde por modo admirable á esta pregunta: «*Pensad bien de Dios.*» Sí, ¡cosa extraña! nos es difícil pensar bien de Dios; no tratamos con Dios como lo haríamos con una persona cuya bondad hubiésemos experimentado. Todo lo que viniere de ella lo recibiríamos con gusto y lo querríamos, en la seguridad de que un sér que nos ama no puede darnos más que cosas buenas.»

He aquí los santos, y nosotros lo seremos tanto más cuanto más participemos de sus sentimientos.

II

Pensamientos piadosos.

Decid algunas veces, pobres desvalidas: Estoy en este momento en el lugar en que Dios quiere que esté; en el estado, la situación que Dios me había designado desde la eternidad, y Dios me da todas las gracias que necesito para que mis penas sean meritorias. Posible es que mañana padezca tanto ó más, pero las gracias estarán siempre en relación con mis nuevos trabajos. Aun cuando pudiera, no querría abreviar, ni por espacio de un minuto, los padecimientos que Dios se ha servido darme.

Dios lo sabe todo; Dios lo ve todo. Sabe lo que padezco; cuenta, pesa y mide mis padecimientos de hoy; contó y midió los de ayer; ve también mis lágrimas, mis dolores y mi resignación. ¡Oh, estoy segura de que no me dejaría padecer, si estos padecimientos no fuesen para mi bien!

Dios piensa en mí. Está aquí, y me mira con amor; su mano carga pesadamente sobre mí, pero me da fuerzas para recibir el dolor con paz y hasta con *alegría.*

¡Sí, Dios mío, estoy contenta, aunque de mis labios se escapen algunos gemidos!

Dios es el dueño, un dueño bueno, sabio y poderoso. ¡Oh, yo no quiero sustraer á su acción ni mi alma, ni mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi vida! ¡Me abandonó en El por completo! Únicamente El lo puede todo para mi dicha

presente y venidera. ¡Sólo El es todo! Cuando tengo una úlcera peligrosa, Jesús es el médico que puede curarme; cuando me abrasa la fiebre, Jesús es la fuente que puede refrescarme; cuando tengo miedo y tiemblo, Jesús es la fuerza que puede defenderme; cuando me siento desfallecer, Jesús es la vida que puede reanimarme; cuando tengo hambre, Jesús es el alimento que puede saciarme..... ¡Animo, pues, alma mía; Jesús va á venir!

Señor, Jesús mío, os llamo en mi auxilio con la firme seguridad de que voy á recibir de vos el mejor remedio para mi estado presente. Lo espero de vuestro poder, lo espero de vuestra bondad.

Pero tal vez, Jesús mío, esta prueba que me hace gemir me sirve de medicina para males que no conozco. ¡Oh! Si es así, os pido que me deis una convicción, cada vez más firme, de que vuestra *santa voluntad es mi soberano bien en el tiempo y en la eternidad*. ¡Oh, yo la quiero, yo quiero esa voluntad santa! Pobre y dolorida acudo á Vos, para estar cerca de Vos, tranquila, feliz y confiada.

El día de ayer pasó ya, arrastrando consigo mis sufrimientos y mis penas. ¿Dónde están mis dolores de ayer? ¡Han desaparecido! ¿Dónde estarán mañana mis dolores de hoy? ¡Habrán desaparecido también!

Y vendrá un *hoy* en que ya no habrá dolores, ni penas, ni tribulaciones.

¡Y ese *hoy que no tendrá mañana*, va á venir ya, y lo espero, Jesús mío!

CAPÍTULO IV

EFFECTOS DE LA TRIBULACIÓN

El dolor es por sí mismo *duro, penoso, desgarrador*; los malos en la tierra, y sobre todo los condenados en el infierno, experimentan sus terribles efectos.

Mas Dios, por un efecto de su misericordia infinita, ha querido que el dolor, en medio de sus torturas, pudiese producir maravillosos efectos de paz y aun de alegría en *las almas preparadas*; es decir, en las almas que lo reciben como mensajero celestial que cumple en nombre de Dios una misión de misericordia.

El lenguaje cristiano usa de palabras muy hermosas cuando habla de la tribulación, pues la llama *la visita del buen Dios*, y Dios no hace nunca una *visita* sin llevar en las manos abundancia de gracias.

La tribulación *expiat*, dice Mons. Gay, *forma y transforma*.

I

La tribulación es expiatoria.

«La expiación es una cosa demasiado grande —añade ese ilustre y profundo escritor, á quien vamos á analizar— para que no contenga en sí otras muchas.»

«*Expiar*, en el sentido cristiano, es *satisfacer*, es decir, quitarle á la persona á quien se ha

tenido la desgracia de ofender, toda razón para continuar irritada y disgustada contra el ofensor.....» El dolor hace en nosotros bastante, ó por mejor decir, *nos hace hacer bastante*; bastante para destruir el pecado en nuestra alma; bastante para cambiar en bendición la maldición divina que habíamos merecido,— en presencia, la ausencia de Dios que se había retirado,— en ternura, la cólera de Dios,— en abrazos, su aversión; bastante, en fin, para que Dios perdone, y hasta se le haga como imposible el no perdonar.

«*Expiar*, en el sentido cristiano, es *purificar*, es decir, borrar las manchas y destruir las deformidades que el pecado produce fatalmente en las almas.» El alma culpable yace en la obscuridad y tinieblas: ha perdido su pureza, su integridad, su transparencia, su hermoso brillo, su juventud, su salud, su vigor, su belleza, su virginidad, su santidad, lo que la hacía espejo de Dios, y, por consiguiente, su imagen, pues precisamente reflejándola es como se le parece; lo que era causa de que, si saliera de repente de este mundo, viese á Dios en seguida y se encontrase en sus brazos. Todo esto perdió desde que la manchó el pecado; pues bien, el dolor cristiano es para ella un bautismo que, gracias á la sangre de Jesucristo, la lava, la purifica y la devuelve su primitiva belleza.

«*Expiar*, en el sentido cristiano, es *restaurar*, es decir, reconstituir el alma en su primer estado, restableciendo el orden en ella.» El dolor sirve como de *conductor* á la gracia, que obra con él y por medio de él; y la gracia pro-

duce en el alma como una resurrección, una especie de rejuvenecimiento, y cuando se ha verificado esta restauración interior, todo lo que nos rodea nos es ya propicio y favorable. El Angel de la guarda se acerca al alma, la Santísima Virgen la protege y la asiste con más gusto, y la creación entera le paga con dulces sonrisas las lágrimas que ha derramado. Experimenta algo de lo que el hijo pródigo debió sentir al volver á encontrar un sitio en la casa de su padre, donde ya todo le pertenece más que nunca. El dolor es un crisol tan poderoso, que el culpable sale á veces de su pecado *más grande* que antes si después sabe utilizar aquella triste experiencia. «Indudablemente—dice el P. Caussette—la inocencia es preferible á la penitencia; pero vale más una penitencia humilde y fervorosa, que la inocencia presuntuosa y relajada.»

«*Expiar*, en el sentido cristiano, es *pagar*, es decir, poner en manos de un acreedor el importe íntegro de la deuda contraída por la falta, y recibir de él un saldo final y completo.» El pecado es una *deuda* con Dios; le debíamos nuestro tiempo, nuestros sentidos, nuestra inteligencia, nuestra memoria, nuestro corazón, y todo esto lo hemos dado á otros por el aliciente de los goces más ó menos culpables que nos prometían. Para ser admitidos en el cielo es menester que paguemos todas estas deudas, y en el purgatorio se saldará esta cuenta; pero ya sabemos cuán terribles y desgarradoras son aquellas llamas, instrumentos de la justicia divina. La misericordia de Dios ha dado al do-

lor de la tierra el mismo poder que á las llamas del purgatorio.

«*Expiar*, en el sentido cristiano, es, finalmente, *desligar*, es decir, romper todos los lazos que ataban al deudor, para devolverle por completo su libertad.» ¡Cuántos lazos nos tenían encadenados lejos de Dios! ¡Cuántos hábitos, difíciles de romper, mantenían nuestra voluntad, y sobre todo nuestro corazón, lejos del deber! Cuando el dolor ha pasado con su fuego que devora y sus abrazos que desgarran, ¡oh! entonces el alma sube á Dios, libre, feliz y llena de amor. ¡Cuántos himnos de gratitud deben resonar en el cielo en alabanza de la tribulación! ¡Cuántos santos que están ahora en el cielo estarían en el infierno si el dolor no los hubiera arrancado forzosamente de su vida criminal!

II

La tribulación forma.

La tribulación es un segundo noviciado para el alma religiosa; suple al primero si no se hizo bien, lo completa y perfecciona si se hizo con las condiciones debidas.

Durante este segundo noviciado el dolor *forma* al alma religiosa; él la *trabaja* ante los ojos de Dios, y si el alma es dócil le será muy provechoso este segundo noviciado. Es *más rudo* que el primero, pero también es *más grande* el objeto que se propone: el primer noviciado la formaba para *la profesión religiosa*;

el segundo la forma para *el cielo*. *El dolor*, ese maestro enviado directamente por Dios, *ilumina la inteligencia, el corazón y la voluntad de la religiosa*.

En su celda, ante el crucifijo, que durante largas horas del día y otras más largas de la noche es su única compañía, la religiosa *enferma ó profundamente humillada*, y aun quizás *injustamente despreciada*, ve con precisión y claridad que faltó á la paciencia, á la humildad, á la sumisión y al silencio; ve de una manera muy diferente de como la había visto hasta entonces la importancia de la vida de fe y del espíritu de oración; las grandezas de su regla; las glorias, las alegrías, las ventajas de la obediencia, de la pobreza y de la castidad; la necesidad de la abnegación, del celo y de la caridad.

Comprende la futilidad de las amistades particulares á que tan fácil y fuertemente se ha entregado; la pequeñez de los sentimientos de vanidad con que se alimentaba su espíritu.

Advierte la flojedad con que ha cumplido sus deberes, la poca sinceridad con que se excusaba para dispensarse de la regla.

Y á medida que el dolor es *una luz* que la ilumina, es también *un fuego* que la quema para purificarla, para ablandarla, para auxiliar á la gracia que quiere hacerla santa; y penetrando mediante la enfermedad, ó los disgustos, ó las humillaciones, hasta los pliegues más recónditos, se muestra como *expiador* de lo pasado y *director* de lo por venir; haciéndose escuchar y obedecer. Y el alma se doblaba bajo

su yugo, pide perdón, promete, se humilla, ora y se transforma.

¡Cuántas religiosas hay que, para ser grandes santas, sólo les ha faltado una marca más profunda de la cruz de Cristo! El alma es como la tierra: para que sea fecunda es menester desgarrarla.

III

La tribulación transforma.

I. La tribulación tiene por objeto *transformar el alma pecadora en alma santa*, conduciéndola, por medio de la humillación, al conocimiento del soberano poder de Dios, á la sumisión á su voluntad y á la obediencia á sus órdenes. «Generalmente hablando—dice un filósofo cristiano,—el dolor conduce el género humano al umbral de la gracia; en la naturaleza hace al hombre, en el hombre hace al santo, y puede decirse que *lo que se salvó en la antigüedad pagana se salvó por el dolor.*»

Esto respecto del hombre en general; en cuanto á la religiosa, la tribulación la transforma, haciendo de ella, según la expresión de san Pablo, *otro Jesucristo*. Esta transformación se verifica mediante los dolores que le hace sentir, semejantes á los de Jesucristo; mediante los sentimientos de sumisión que le inspira cuando padece, semejantes á los de Jesucristo; y, sobre todo, mediante el amor á Jesucristo, que, haciéndola padecer, la une consigo de la manera más íntima.

«El dolor establece entre el perfecto cristiano, y, por consiguiente, entre la religiosa y Jesucristo, una especie de identificación por vía de simpatía; sufren por simpatía la misma pasión; padecen el uno en el otro. La religiosa toma parte en los dolores de Jesús; Jesús participa de los padecimientos de la religiosa: están unidos por los lazos de la compasión. No hay lazo que una dos almas tan estrechamente como el padecimiento de los mismos dolores.

»No podría el cristiano sospechar siquiera la violencia de los padecimientos del Redentor si él mismo no hubiese experimentado nunca los quebrantos y angustias que produce la desgracia. Si jamás se hubiese visto humillado, no tendría idea de las humillaciones y abatimientos de Jesucristo. Si no hubiese sido nunca herido en sus afectos, no podría comprender las heridas del corazón de Jesús. Si no hubiese estado nunca pobre, enfermo, perseguido, amenazado de muerte, el Evangelio sería para él letra muerta y no podría formarse idea de los dolores de la cruz.

»Pero la pasión de que él mismo ha sido víctima es como una antorcha á cuya luz la pasión de Cristo se ilumina y aparece inteligible y sensible en su realidad, en sus horrores, en todo lo que tiene de desgarrador..... Y entonces, comprendiendo que Jesús ha padecido todo esto por su amor, él también, por amor, quiere padecer por Jesús y con Jesús, y corre en pos del dolor como otros van en pos del placer, buscando, sobre todo por medio de la oración y del dolor, *perfecta conformidad de vo-*

luntad con la voluntad de Jesús. ¡Padecer ó morir! ¡Padecer y no morir jamás, para padecer siempre! tal es el grito de su corazón, el objeto de toda su vida; porque, no pudiendo todavía unir su voluntad con la de Dios en la felicidad, sabe que estas dos voluntades pueden encontrarse en el campo del dolor.

»El dolor es el término común de la voluntad de Dios y de la voluntad del hombre; es el único punto en donde pueden unirse.....

»El dolor es eficazmente *unitivo*, por cuanto establece entre el alma y Dios una unión de simpatía mística. Por medio del dolor, el hombre que padece simpatiza con Dios crucificado, y Dios crucificado simpatiza con el hombre que sufre. Después de la unión personal con Dios, á la cual sólo ha sido admitida la humanidad de Cristo, no conozco unión moral más estrecha ni más real que la formada en el dolor y por el dolor (1).» Es preciso amar para poder comprender estas cosas.

II. Si el dolor transforma á la religiosa en otro Jesucristo, mediante los sentimientos de *dependencia*, de *expiación*, de *sumisión llena de amor* que engendra en su alma, la transforma también por medio de los sentimientos de *piedad*, de *compasión* y de *misericordia* que le inspira para con el prójimo.

Nadie sabe compadecerse mejor que los que han padecido mucho, y sobre esto tienen particular aplicación aquellas palabras del Apóstol: «¿Qué sabe el que no ha padecido?»

(1) *Los dolores humanos*, por el abate de Broves.

¿Qué sabe de las angustias del alma y de las torturas del espíritu? Las llama efectos de la imaginación.

¿Qué sabe de los tormentos del corazón? Los llama sensibilidad exagerada ó flaqueza de temperamento.

¿Qué sabe tampoco de los dolores del cuerpo? Claro está que no puede negarlos, pero les presta alivio sin compasión, y se cansa si duran mucho.

No sabe llorar con los que lloran; sabe hablar, pero no sabe consolar.

Siempre hay un vacío en las almas cuyo cáliz no ha sido bastante amargo; y una religiosa que no haya tenido abundante parte en las amarguras de Jesucristo no suele llegar á esa distinción de la simpatía, que consiste en salirse generosamente de sí misma para ocuparse en las desdichas ajenas.

Dios hace pasar por la ruda prueba del aprendizaje del dolor, y algunas veces del dolor sin consuelo, á los que destina para ser el consuelo de los demás.

III. El dolor transforma también á la religiosa que por su naturaleza es tímida, medrosa y se lamenta muchas veces de que puede hacer muy poco por la gloria de Dios, convirtiéndola en *libertadora de las almas*.

Ya hemos dicho cómo Dios pone á la religiosa en *estado de víctima* por la Iglesia militante; hablemos ahora del estado de víctima por la *Iglesia purgante*.

«Cuando estáis en la cruz—dice el P. Causette—Dios pasa por vuestro calvario para re-

coger el sobrante de vuestros dolores y derramarlo sobre la indigencia de las almas del purgatorio.»

Recordad, hermanas enfermas, achacosas, ó reducidas á completa inacción por la vejez ó por el exceso del trabajo, y que os desconsoláis viendo que ya sois inútiles; recordad, digo, que hay algo mejor que el ser *apóstol*, y es el ser *mártir*; algo mejor que la conversión de los vivos, y es *la salvación de los muertos*; pues, como dice santo Tomás, los vivos tienen todavía la posibilidad de conseguir la salvación por sí mismos, mientras que para los muertos se acabó el día, y están en aquella noche fatal en que ya no se trabaja.

Ofreced, pues, vuestra vida de dolores por las almas del purgatorio; cada hora de tribulación aceptada voluntariamente y soportada con paciencia, caerá como un refrigerio en aquella mansión, en donde tantas almas esperan el rescate. Ya sabéis que esta caridad encierra todas las otras.

Caridad para con Dios, pues cifrando Dios su felicidad en que esté poblado el paraíso, es dar gusto á su amor el obtener la remisión de su justicia en favor de los amigos de quienes está separado. *Caridad muy apostólica*, pues hay algo más perfecto que atravesar los mares para convertir á los infieles, y es ir á buscar, más allá de las fronteras del mundo visible, otras almas confirmadas en gracia y que Dios prefiere á las de los paganos. *Caridad de limosna*, pues es dar á los pobres más desgraciados de la gran familia humana. *Caridad*

para con los enfermos, pues compartiendo con aquellos atormentados los méritos de vuestros sufrimientos, os hacéis enfermeras de la mansión más desolada por el dolor. *Caridad para con los cautivos*, pues al precio de algunas lágrimas devolvéis la libertad á miseros encarcelados que tantas han derramado. *Caridad con los desterrados*, porque proporcionáis á esos hijos del cielo, que gimen en tierra extraña, la dulce hospitalidad de la patria.

Y para hacer esta caridad en la situación en que estáis, no es necesario trabajar ó privarse de algo: os basta *dar de lo que os sobra*.

IV. Aceptad la tribulación, almas llamadas por Dios al honor de vivir consagradas á su servicio para continuar su obra de misericordia y de salvación; aceptadla, bajo cualquier forma que se presente, como la mayor prueba de amor que podáis dar á Dios y como la mayor felicidad que podáis tener.

«¿No sabéis—escribía san Francisco de Sales—de qué nos tienen envidia los ángeles? Pues de una sola cosa: de que *podemos padecer por Dios*; ellos no han padecido jamás por El.»

¿Qué pueden, pues, ofrecer á Dios y á los que aman esos ángeles del cielo? ¿Votos y homenajes? También nosotros; y además nuestros dolores, libremente aceptados y ofrecidos con amor; y así tributamos el mayor homenaje que prestar podemos á *la sabiduría divina*, á quien dejamos en completa libertad para obrar, reconociendo que lo hace todo con justicia, peso y medida; manifestamos la mayor confianza que se puede manifestar *al amor divino*, aban-

donándonos en manos de Dios incondicionalmente, para que haga de nosotros y de todo cuanto nos atañe lo que quiera y como quiera.

Y no son sólo los ángeles los que están celosos de la grandeza y poder de la tribulación.

«En el seno de la gloria—dice el abate Bougaud—Dios se admira de lo que hace el hombre en el seno del dolor, envidiándole la facultad sublime de olvidarse de sí, padeciendo y muriendo por los que ama. Parece que si Dios no hubiese hallado el medio de padecer y morir por el hombre que sufría y moría por Dios, el hombre hubiera tenido cierto género de belleza que le habría faltado á Dios. He aquí por qué un día los cielos se abrieron, y el Hijo de Dios subió á la cruz con dolores infinitos, á fin de que, por muy grandes que fuesen los sacrificios del hombre por Dios, viera siempre á su Dios en la gloria de una inmolación mayor que la suya.»

V. Permitásenos cerrar este capítulo con las admirables palabras de una religiosa hospitalaria, que se refieren en el *Libro del que sufre*.

Se estaba muriendo de un cáncer que la hacía sufrir horriblemente, y el médico le recetó un día una poción que contenía morfina. «Señor doctor, le dijo ella, nunca he hecho observaciones á los médicos sobre los remedios que me han propinado; pero permitidme que os haga una pregunta: la poción que me recetáis, ¿es para mejorar mi estado ó prolongarme la vida?.... En este caso, la tomaré; pero si, como me figuro, no tiene otro objeto

que el de disminuir ó calmar mis dolores, os ruego que me dispenséis de tomarla. Me queda muy poco tiempo de vida: *dejadme todo el dolor, y no me quitéis la ocasión de merecer.*» El médico que oía tan hermosas palabras era poco cristiano, y de pronto quedó estupefacto; luego no pudo contener su admiración y su emoción, y se le saltaron las lágrimas.

Indudablemente, este *amor al dolor* es menos común que *la resignación* y *la paciencia*, á las cuales sirve de perfeccionamiento y corona sublime y sobrehumana. Por eso es sólo *de consejo*, mientras que las otras dos virtudes que le preceden y le preparan son *de rigurosa obligación* para todos los cristianos. Empero las almas escogidas obran en esto como en las demás virtudes, no haciendo nunca distinción entre el consejo y el precepto. Estas almas habitan siempre en las alturas, y si queréis reconocerlas, todas se distinguen por una señal que no engaña: *el deseo de padecer.*